

Los definitivamente “*últimos de Filipinas*”

*José Antonio Crespo-Francés**

Tras la publicación del trabajo sobre Martín Cerezo y *Los Últimos de Filipinas* en semanas pasadas, hoy se dedican estas sencillas líneas en honor de *La última de Filipinas* y con ello y en su figura y recuerdo quiero representar a los españoles olvidados en la masacre de españoles en la liberación de Manila que tuvieron en la Navidad de 1944-45 la última de su vida.



Un peso de plata, Filipinas, 1897.

Todavía en Filipinas se recuerda intensamente la ocupación japonesa y muestra de ello fue la celebración el 18 de febrero de 1995 del 50 aniversario de la batalla de Manila con una fiesta nacional.

En 1945, la victoria aliada sobre los japoneses en Filipinas se cobró la vida de 100.000 personas, superando la cifra de Hiroshima, 70.000 de los cuales fueron, no ejecutadas, sino asesinadas de forma brutal y deliberadamente por los soldados nipones, que asesinaron también a 300 españoles y acabaron con su histórica presencia e influencia en el archipiélago que aún unos poquísimos mantienen y recuerdan.

Tras la emisión de aquella intervención mía en radio sobre *Los últimos de Filipinas* charlé con una antigua compañera y amiga, Loreto Lizarraga, y recordamos las peripecias, sufrimientos y tragedia vivida por su tía Elena, y que bien merecería un guión cinematográfico.



Imagen de la ciudad de Manila en ruinas tras la victoria aliada de 1945



Elena Lizarraga, junto a su hijo Tirso, en Manila en 1951, antes de regresar a España

Los filipinos no fueron los únicos en esta batalla. Los españoles tuvieron un número grande de muertos y el mejor recuerdo del período español, Intramuros o la ciudad amurallada, desapareció en buena medida.

El final de la guerra del Pacífico significó el fin de la vitalidad de lo español en las Filipinas y el declive definitivo de ese sentimiento que desde este Archipiélago se había sentido hacia España y su cultura, pues lo español se había mantenido hasta entonces, a pesar de los más de cuarenta años de influencia norteamericana; no porque desde la península hubiera habido un interés especial, sino por la voluntad

de buena parte de los propios filipinos y como una parte de la propia identidad nacional, pues Filipinas como país fue creación española, y la herencia española se había convertido en una parte esencial de lo que daba unión a los isleños *tagalos*, *visayas*, *ilocanos*, frente a lo colonial representado por los norteamericanos y a lo regional encarnado por las culturas nativas.

A los norteamericanos les sorprendía esa pervivencia de lo español y se aprecia en un informe elaborado en 1939 donde se refleja la sorpresa al ver cómo la Guerra Civil española había sido vivida en Filipinas entre los llamados *Mestizos españoles*, tan difíciles de distinguir de los súbditos con pasaporte español. Se decía en el informe: *la comunidad española en las Filipinas incluye españoles, muchos mestizos españoles y ciudadanos filipinos de ascendencia española*.

«*En España hay centenares de familias que saben, o que no saben, como murieron sus deudos en la capital de Filipinas durante aquellas semanas indescriptibles*», explicaba el corresponsal de ABC en Londres, en noviembre de 1948, pues el **Tribunal internacional de Tokio acababa de hacer público un informe de 135 páginas «sobre las atrocidades japonesas»** cometidas durante la ocupación de Filipinas, entre 1941 y 1945, que miles de españoles sufrieron en sus propias carnes.

El periodista **José María Massip** contaba en 1964 sobre su estancia en Filipinas en 1945: «*De aquellos años recuerdo el comentario de un buen padre español, que pensaba “los japoneses nos han sacado la espinilla del 98” para luego ser decapitado por ellos en el patio de la iglesia*», Sin embargo, episodios como este, que cayeron prácticamente en el olvido de la historia de España, se repitieron hasta el último segundo de la presencia nipona en el archipiélago.

Una presencia que culminó con **«uno de los capítulos más negros de la historia militar del mundo», del que se cumplirán 70 años en 2015.**

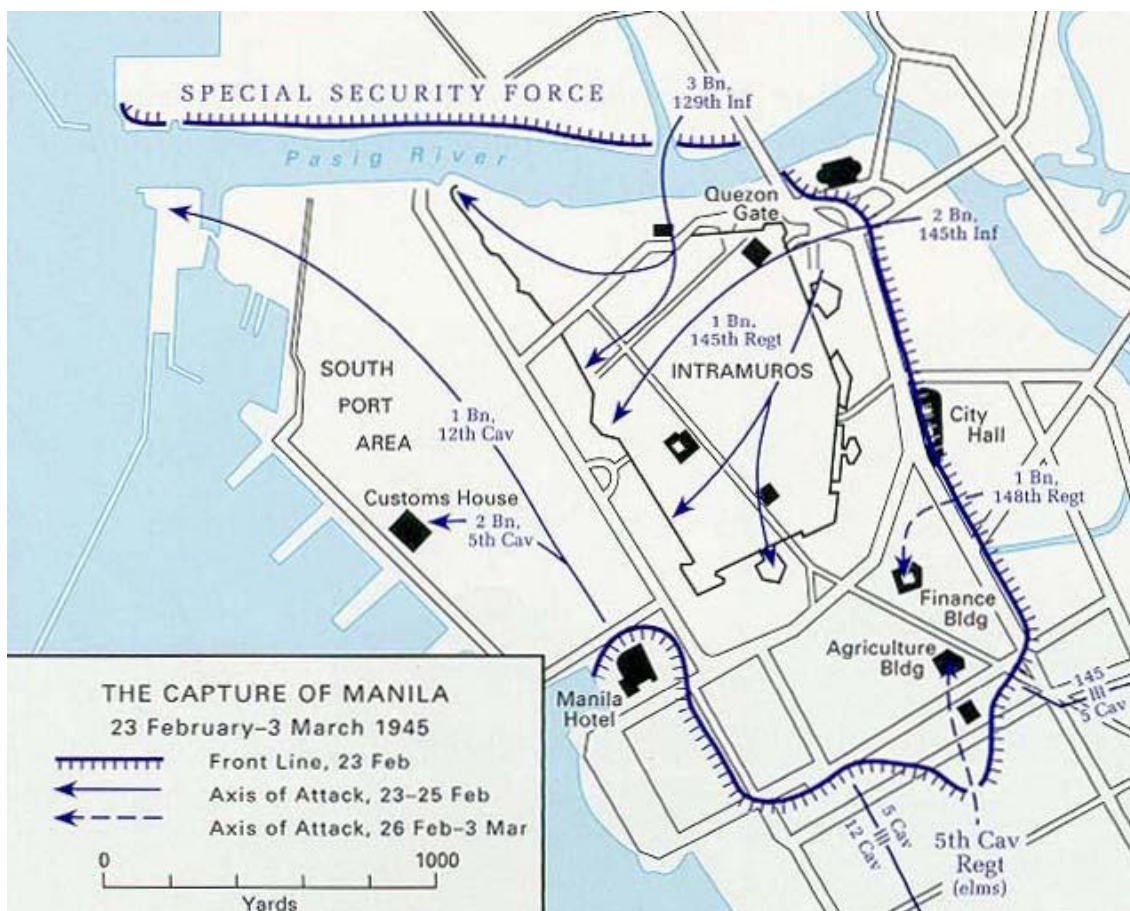
El 9 de enero de 1945, el Sexto Ejército de Estados Unidos con base en Australia, del teniente general coronel Walter Krueger¹ desembarcó en el golfo de Lingayen y comenzó un rápido avance en dirección sur. El 4 de febrero, se inició el avance hacia Manila de las fuerzas estadounidenses. Gracias a las informaciones proporcionadas por las guerrillas filipinas, las unidades norteamericanas encontraron muchos puentes intactos y ríos poco profundos con vados aptos que permitieron un rápido avance.

La **batalla de Manila** fue librada entre el 3 de febrero y el 3 de marzo de 1945, por fuerzas estadounidenses, filipinas y japonesas, como parte de la *campana de Filipinas* de 1945. La batalla, que duró un mes y, que inicialmente se argumentó como la liberación de los pueblos orientales de la opresión occidental culminó en una orgía de sangre terrible que sólo sirvió para retroalimentarse a sí misma y que tuvo como consecuencia la total devastación de la ciudad y la destrucción de la centenaria huella española, pues Manila fue el escenario de los peores combates urbanos en el teatro del Pacífico. De esta manera se terminó con casi tres años de

¹ Fue el primer soldado raso estadounidense que ascendió a general.

ocupación militar japonesa en Filipinas (1942–1945). La captura de la ciudad fue la clave del general Douglas MacArthur para la victoria en la campaña de reconquista.

Tras comenzar la batalla el día 3 de febrero con el ataque sorpresa por el norte para liberar a los detenidos en el Campo de Internamiento de la Universidad de Santo Tomás, a los tres días Douglas MacArthur se apresuró a anunciar la «liberación de Manila», e incluso pensó en una marcha victoriosa como en París. En total, 6865 prisioneros fueron liberados: 3000 filipinos, 2870 estadounidenses, 745 británicos, 100 australianos, 61 canadienses, 50 holandeses, 25 polacos, 7 franceses, 2 egipcios, 2 españoles, 1 suizo, 1 alemán y 1 eslovaco.



Mapa norteamericano de la captura de Manila

Se dice que en un intento por proteger la ciudad y su población civil, MacArthur había impuesto restricciones estrictas sobre la artillería y el apoyo aéreo, pero la realidad fue otra. Para conquistar el resto de la ciudad, no obstante, fue más sangriento. Ese mismo día, el 6 de febrero, comenzaron las masacres de civiles filipinos en Fuerte Santiago, la cárcel donde se hacinaban los prisioneros políticos y después siguieron los pillajes y los asesinatos indiscriminados. Además, una vez que los 16.000 soldados japoneses en Manila se encontraron sin posibilidad de salida, sus mejores escondites fueron los sólidos edificios de piedra del período español. Se llevó una *preparación artillera*² de forma masiva que iba a durar del 17 a 23 de febrero incluyendo fuego indirecto a distancias de hasta 8000 metros, así como el fuego directo, a quemarropa desde 250 metros de distancia empleándose

² Fuego artillero con la intención de ablandar la defensa. Antes del asalto final.

todas las unidades disponibles y la división de artillería con obuses de 240 mm. Y calibres inferiores³.

Las tropas japonesas, acorralados en una ratonera, sometidos a incesantes golpes y frente a una muerte segura o la captura, sacaron su ira y frustración descargándola sobre la indefensa población civil atrapada bajo el fuego cruzado. En ese enfrentamiento son cuartel se cometiendo múltiples actos de brutalidad, que más tarde sería conocida como la Masacre de Manila. Violentos mutilaciones, violaciones y masacres sobre el pueblo acompañó a la batalla por el control de la ciudad, que se encontraba prácticamente en ruinas.

La respuesta americana no faltó: sólo entre las 7:30 y las 8:30 de la mañana del 23 de febrero se arrojaron sobre Intramuros 185 toneladas de explosivos de gran potencia, más de 61 obuses por minuto cayeron sobre los recuerdos más palpables de los más de trescientos años de presencia hispana.

Al final de esta batalla, cien mil cadáveres fueron recogidos entre los escombros de la ciudad, mientras que multitud de edificios históricos se podían ver destruidos por las bombas, entre ellos todas las iglesias españolas que se encontraban dentro de Intramuros a excepción de San Agustín. Las fuerzas estadounidenses utilizaron artillería pesada para tratar de erradicar a los defensores japoneses, sin embargo, las murallas de piedra de siglos de antigüedad, bodegas, sótanos y subterráneos de los edificios, las Barracas de Santa Lucía, el Fuerte de Santiago, y los asentamientos dentro de las murallas de la ciudad proporcionaron una excelente cobertura a los acorralados japoneses. El último reducto de resistencia japonesa en el edificio de Hacienda, que ya se había reducido a escombros siendo purgado por la artillería pesada el 3 de marzo.

Durante la retirada, las tropas japonesas, prefirieron incendiar la ciudad indefensa y acabar con la vida de cuantos más ciudadanos y militares les fuera posible, en un cruel y desesperado intento por evitar que los supervivientes contaran su derrota. La totalidad de la colonia española que había permanecido unida desde 1898, resultó especialmente afectada por la batalla, dado que residían en la zona más afectada, Malate y también porque muy pocos habían abandonado la ciudad por miedo a los saqueos, también pensando en una posible retirada nipona y a la falta de familiares en otras provincias a los que acudir en petición de ayuda. A esto hay que añadir que algunos españoles y alemanes pensaron que serían respetados debido a las relaciones de Japón con su país, pero en febrero del año 1945, cuando ya no había futuro para los japoneses, aquello ya no significaban nada, ya no contaban ni las alianzas ni los lazos de amistad, ahora lo único importante era que el mundo no se enterase de aquella humillante derrota.

³ Robert Ross Smith, *Triumph in the Philippines*, United States Army in World War II, Office of the Chief of Military History, Department of the Army, 1961.



Un tanque estadounidense M4 Sherman atraviesa las ruinas de la puerta del Fuerte Santiago, Intramuros, el 8 de febrero de 1945, pasando bajo el *escudo pequeño* con las armas de España.

Todos los que se refugiaron en el consulado de España, fueron los más cruelmente atacados. El edificio que había acogido a un buen número de familias filipinas y españolas que confiaban en que la bandera de España les iba a proteger se equivocaron pues los soldados en su retirada se vieron atraídos tal concentración de europeos más que por la bandera que ondeaba en el edificio. El primer muerto fue el vigilante Ricardo García Buch, a continuación se cebaron con el edificio que fue asaltado y quemado con todos los refugiados que allí se encontraban, unas cincuenta personas de las que solo logró salvarse una niña. La bandera y la presunta simpatía política resultaron más bien una diana que de escudo de salvación. De un total inicial de 50.000 filipinos civiles muertos un buen número eran súbditos españoles, hispanizados, tal y como indica la gran cantidad de relatos escritos en español por algunos supervivientes.

El diario de un soldado japonés nos muestra un sentimiento íntimo que podría ser suscrito actualmente por los soldados en Bosnia, Ruanda o Liberia: *Febrero de 1945. Todo el día ha sido gastado en buscar guerrilleros y nativos. He matado ya bastantes más de cien. El motivo que poseía cuando abandoné mi país hace tiempo que ha desaparecido. Ahora soy un asesino curtido y mi espada está siempre*

manchada de sangre... Que mi padre me perdone. Y si la retirada japonesa fue sangrienta en todo el archipiélago, fue en Manila donde hubo más sangre y destrucción. Y dentro de Manila, fue en la zona con mayor número de españoles y más huella española, en la zona sur de Malate e Intramuros, donde se sufriría la tragedia más dantesca.



En la imagen la hermana de Loreto, María Eugenia, en Manila, en la tumba de los españoles residentes en las islas. Está delante de la de su abuelo paterno Guillermo y su primo Tirso Lizarraga, padre de Helena Lizarraga, conocida como Nena, quien por cierto todavía vive, con 88 años y de la que habla Carmen Güell en su libro *“La última de Filipinas”*

Carmen Güell, autora de *«La última de Filipinas»*, el libro en el que relata, en primera persona, el testimonio de **Elena Lizarraga**, una de las supervivientes de origen español que sufrió las consecuencias del salvajismo nipón escribe así: *«Cuando perdieron todo se complicó y el trato a la población se volvió violento. Sus víctimas fueron tanto filipinos, como chinos, alemanes, suizos o españoles. No podían tolerar que el resto del mundo se enterase de su humillación, así que se negaron a abandonar el país por las buenas y se produjo una matanza indiscriminada».*

En pocos días, todo el pasado colonial español de Manila, presente en sus edificios históricos, fue arrasado y **alrededor de 300 españoles de los 3.000 censados murieron brutalmente asesinados**. Muchos eran terratenientes que se habían quedado en Filipinas después de desaparecer como territorio español.

Los asesinatos japoneses también se sucedieron en Guaján rebautizada Guam por los norteamericanos y aunque estos no tuvieron sino apoyo de los españoles optaron por borrar la presencia española en Guaján siendo expulsados los religiosos que sobrevivieron incluido el obispo español que estuvo prisionero en Japón y luego en Goa antes de regresar junto a su rebaño del que fue expulsado, pues como se lee en un informe: *“el Almirante Nimitz no quiere aquí españoles, que son franquistas y fascistas, y basta ya”.*

Pero volviendo a Filipinas Massip cuenta que «*La piedad, la diplomacia, la previsión, la hermandad asiática no existieron. Sólo existió el horror de la guerra y el fuego*», al referirse en 1964 a la sangrienta, devastadora y absurda retirada nipona del archipiélago, donde murieron más personas que con **las bombas atómicas que caerían, cinco meses después, sobre Hiroshima y Nagasaki.**



El Memorial Manila Monument en Intramuros. El 18 de febrero de 1995, el Santuario de la Libertad también conocido como el monumento *Acordaos de Manila* fue erigido en memoria de las víctimas de guerra. Este monumento se encuentra en la Plaza de Santa Isabel, ubicada en la esquina de las calles General Luna y Anda en Intramuros en Manila. La inscripción reza: *Este monumento está dedicado a todas aquellas víctimas inocentes de la guerra, muchas de las cuales fueron anónimas y desconocidas a una fosa común, e incluso no conocieron una tumba, sus cuerpos han sido consumidos por el fuego o rotos por el polvo bajo los escombros de las ruinas. Que este monumento sea la tumba para todos y cada uno de los más de 100 000 hombres, mujeres, niños y bebés muertos en Manila durante su lucha de liberación, 3 de febrero a 3 de marzo, 1945. No los hemos olvidado, ni se nos olvidará nunca. Que descansen en paz como parte ahora de la tierra sagrada de la ciudad: la de Manila de nuestros afectos.*

La victoria aliada sobre los japoneses tuvo un terrible coste material y humano en Manila, que pasó a ser, desde entonces, la segunda ciudad más devastada por los bombardeos durante la II Guerra Mundial, después de Varsovia. Y dentro de Manila, la zona sur de Malate y de Intramuros, habitada por muchas familias españolas, la más castigada de todas.

Aquel traumático final de la guerra del Pacífico significó, además el fin de la impronta española en las Filipinas, que se había mantenido fuertemente a pesar de los más de cuarenta años de colonización norteamericana. La propia presencia de ciudadanos españoles disminuyó en picado, ya que, además de los tres centenares

que murieron de entre los 3.000 residentes, otros 500 volvieron a la Península, incapaces de reiniciar allí una nueva vida.

Elena Lizarraga, que en aquellos tristes días de 1945 fue herida de un balazo en el cuello, una buena cantidad de metralla se le incrustó en las piernas y además un soldado japonés en su furiosa retirada le hundió dos bayonetazos en la espalda que a punto estuvieron de matarla a sus 21 años, regresó a España pocos años después. El recuerdo de su padre y de su hermana pequeña Baby, que fueron asesinados, y la mutilación que sufrió otra de sus hermanas, Vicky, fue difícil de superar al perder una pierna en aquellos acontecimientos. Elena regresaría a España con las manos vacías en 1951 sintiendo al menos el abrazo de su hijo Tirso con el que retornó.

Carmen Güell hablando sobre la tragedia personal de esa superviviente afirma en su libro *«Aún sigue sin entenderlo. No tenía ningún sentido, ya habían perdido la guerra, no sacaban nada en limpio, pero se fueron matando y destruyendo para que no quedase nadie para recordarlo»*.

Las razones de la estrategia norteamericana están claras, pues sólo alrededor de mil de sus soldados murieron en la batalla. Salvar sus propias vidas, parece que fue su principal preocupación. No hubo preocupación por el daño a los edificios históricos como con Kioto.

Además al acabar la guerra las máquinas excavadoras se encargaron de acabar con las partes de edificios que mantenían la historia de la presencia hispana. Según el Embajador Ortiz Armengol, fueron aquellas máquinas más que los bombardeos las que finiquitaron los restos de lo español en Filipinas.

****José Antonio Crespo-Francés es Coronel de Infantería en Reserva***